

# La noche azul

JUAN BOLEA

En colaboración con  
PATRICIA ARTERO

ALREVÉS  
BARCELONA-2021

Primera edición: enero del 2021

*Para Josep Forment, siempre con nosotros*

Publicado por:  
EDITORIAL ALREVÉS, S.L.  
C/ València, 241, 4.º  
08007 Barcelona  
info@alreveseditorial.com  
www.alreveseditorial.com

© Juan Bolea, 2021  
© de la presente edición, 2021, Editorial Alrevés, S.L.

Printed in Spain  
ISBN: 978-84-17847-86-9  
Código IBIC: FF  
DL B 20993-2020

Impresión:  
QPprint

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del «Copyright», la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro, comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Man is something more awful than men,  
something more strange.

GILBERT K. CHESTERTON,  
*Orthodoxy*



# 1

El mes de mayo era uno de mis favoritos. La primavera se abría paso y estallaba la vida.

Como si fuera a perderme algo importante, me levantaba temprano y salía de casa al amanecer.

Nada me gustaba tanto como pasear por las riberas del Ebro. Un río vivo, sin encofrar, apto para la vida natural. En sus sotos oía piar a los pájaros y veía en sus galachos saltar carpas. Con suerte, emerger de las aguas verde óxido la monstruosa cabeza de algún siluro, antediluvianos peces con tamaño de tiburones y bocas como un buzón de correos. Habían aprendido a remontar el Ebro y no era raro sorprenderlos a la altura de Zaragoza, bajo las torres del Pilar, merodeando los islotes que la sequía dejaba al descubierto, al acecho de alguna presa, un polluelo, una paloma...

Era 1 de mayo, viernes, Fiesta del Trabajo. Consecuente con la festividad, me pasé la mañana vagueando en casa, ordenando libros y vinilos. Leí placentemente a Whitman, uno de los pocos poetas que me hace estremecer, y me esforcé con Platón. Casi sin darme cuenta, porque me pareció muy ameno, di buena cuenta del *Diálogo de Fedón*, donde Sócrates, antes de suicidarse con una copa de cicuta, nos habla del cuerpo y del alma. Me impresionaron sus últimas palabras y cómo uno de sus discípulos, Critón, describió los efectos del veneno que el maestro, una vez condenado por los tribunales de Atenas por corromper a la juventud, eligió ingerir como forma de morir.

Me tomé la tarde para visitar a mi padre, convaleciente de una intervención de vesícula, en casa de mi hermana Pilarcha.

¿Cabría imaginarse a un enfermo peor? A mi pobre hermana la torturaba sin piedad. En cuanto me vio entrar por la puerta, la tomó conmigo. Aquella tarde, el viejo Adam estaba particularmente insoportable. No pude aguantar sus hirientes comentarios más allá de media hora. Transcurrida mi visita, me marché a dar una vuelta y a merendar algo ligero, unas torrijas con un capuchino en el café Maturén, en la calle Alfonso, cerca de mi agencia de investigación Las Cuatro Efes.

Me gustaba aquel café porque había respetado la decoración de la antigua joyería Maturén, un centenario establecimiento que había sido adaptado a la actual cafetería. El joyero era amigo de mi padre. Ambos solían tomar chocolate con pastas con canónigos del Pilar, quienes les consultaban sobre los donativos a la Virgen: monedas de oro, joyas, muebles... «Anticuarios con sotana», los llamaba Adam.

Mi padre reside habitualmente en Jerusalén. En la Vía Dolorosa sigue regentando la tienda de alfombras con la que comenzó, pero cuando tiene algún problema de salud—lo que ocurre cada vez con mayor frecuencia—, lo traemos a España.

Pilarcha suele acogerlo en su casa. Mi hermana sigue viviendo encima de Antigüedades Menusiam, la tienda que Adam fundó en el casco viejo de Zaragoza en los años sesenta.

Por aquel entonces, conoció a la que iba a convertirse en mi madre, Pilar Falomir, profesora de lengua. De su relación nacimos Pilarcha y yo. Adam tardaría años en reconocerme, de ahí que yo adoptase el apellido materno. Mis relaciones con él han sido difíciles. Mi padre siempre se ha manifestado como un bíblico varón, y sigue creyéndose un

patriarca. Su sangre armenia y judía presta aliento a un hombre lúcido y seductor, obstinado y tiránico, enamorado de la música, de la Biblia y de las mujeres —de todas, como género, e individualmente de la que tenga a su lado.

A diferencia suya, sentimentalmente hablando yo atravesaba una época de desengaño y soledad. Mi novia, Ana María, me había dejado. No me había perdonado una infidelidad. ¿Qué podía recriminarle yo, teniendo toda la razón del mundo para abandonarme?

Sin embargo, no había dejado de verla. Una mañana me la encontré por la calle, en su camino hacia la Organización Nacional de Ciegos, donde ocupa un puesto en la integración de colectivos marginales. Nunca antes Ana María me había parecido tan bella. Sin tantear las aceras con el bastón, caminaba con seguridad, independiente y altiva. ¿Alguien hubiera dicho que era ciega? Nadie. Lleno de remordimientos, me acerqué y accedió a hablar conmigo unos minutos, pero no ya con aquel tono cómplice de la mujer que había compartido mis sueños, mi cama, sino como una displicente amiga. ¿Seguía yo, en el fondo, enamorado de ella? Seguramente. ¿Y ella de mí?

Sin su sana influencia, mis hábitos habían recuperado su tóxico hedonismo. Comía con glotonería, fumaba, bebía... Sobre todo cerveza, por lo que no paraba de engordar, acercándome a los cien kilos.

Contra la melancolía, la obesidad y la soledad no disponía de otro antídoto que el trabajo.

El lunes siguiente, 4 de mayo, regresé a la agencia. Tenía un acto a mediodía en la Cámara de Comercio y opté por salir de casa debidamente vestido, con una camisa blanca con gemelos, un traje oscuro y una corbata lisa azul marino. Sustituí mis cómodos zapatos de suela de goma por unos negros con cordones que me costó enlazar, debido a la nula elasticidad y grosor de mi cintura.

En la puerta del número 12 de la calle Alfonso, la dorada  
y familiar placa de latón me dio la bienvenida:

Florián Falomir y Fermín Fortón

Agencia de Investigación Las Cuatro Efes

Fiabilidad-Fidelidad-Fortaleza-Facilidad de pago



Pasaban unos minutos de las nueve de la mañana, pero, según comprobé en cuanto hube subido las escaleras hasta el primer piso, donde abren nuestras oficinas, Beni, nuestra secretaria, no había llegado aún. Como cubana, la puntualidad no figura entre sus costumbres.

La puerta de Las Cuatro Efes estaba cerrada. Abrí con mi llave y ocupé mi despacho. Últimamente apenas teníamos trabajo, pero acababa de entrarnos un asunto interesante: una serie de robos en un aeroclub.

El aeropuerto afectado, Los Cierzos, era de pequeño tamaño. Estaba ubicado cerca de Zaragoza, en el término municipal de Zuera, a poco más de veinte minutos en coche por la autovía de Huesca.

Unos días antes, yo me había desplazado a Los Cierzos con mi Volkswagen Beetle de 1969, un trasto muy envidiado que, pese a sus trescientos y pico mil kilómetros, anda como el primer día. Como hacía buen tiempo retiré la capota para disfrutar con la sensación del sol y el viento en la cara. Placer que se convertiría en puro pánico a quinientos metros sobre el suelo, la altura que llegó a ganar el ultraligero con que mi cliente, Francisco Albéniz, el dueño del aeródromo, me invitó a despegar, pretendiendo sorprenderme —y a fe que lo hizo— con un vuelo de bienvenida.

Al recordar aquella experiencia, se me volvió a revolver el estómago. Encajado en el minúsculo asiento del copiloto, con el cogote de Paco Albéniz a dos dedos de mi nariz, y

a ambos lados, bajo el débil fuselaje, un vertiginoso vacío, medio hectómetro de caída libre, de aire, de nada, sobrevolamos campos y huertos, polígonos industriales y fábricas, el río Ebro, los barrios de Zaragoza norte y las cúpulas de la basílica de Nuestra Señora del Pilar.

Mi bautismo aéreo solo duró una hora, pero fue como si hubiésemos cruzado el Atlántico. Cuando al fin aterrizamos, el frío y el vértigo me paralizaban.

De vuelta a la base, Albéniz pasó a exponerme la naturaleza y secuencia de los robos que venían sufriendo. De Los Cierzos faltaba regularmente material. Nunca en gran cantidad, ni de mucho valor, pero no transcurría una semana sin que desapareciese algo: un casco de aviador, alguna pieza de recambio para un parapente, una lona, un cinturón de seguridad, un arnés... Albéniz tenía un buen número de clientes fijos, algunos de ellos dueños de sus propios aparatos, por lo que utilizaban con frecuencia las instalaciones, pero ninguno le inspiraba tanta desconfianza como para considerarlo un delincuente. En el aeródromo, dedicado a distintas modalidades de vuelo deportivo, con una pista de aterrizaje, un hangar y una oficina, trabajaban cuatro personas: el propio Albéniz, su socio, Felipe Rabán, también monitor de vuelo, una administrativa y un mecánico.

Ni las alarmas ni una cámara situada en la entrada principal habían detectado nada raro. Albéniz se inclinaba a pensar que el autor de los hurtos era alguien de dentro: Rabán, su socio; Luis Rabán, un hijo suyo que de vez en cuando les echaba una mano; el mecánico (un tal Ramiro Potes) o la secretaria (una tal Gregoria Masdeu).

A fin de que yo pudiera investigarlos, Albéniz me había facilitado sus datos personales, horarios y responsabilidades laborales.

Añadió un juego de fotografías aéreas de Los Cierzos. Según su perspectiva, podían dividirse en cenitales y angulares.

De las cenitales, perpendiculares a la tierra, Albéniz me entregó tres fotos, tomadas a distintas alturas. En esa perspectiva, los objetos se perciben por la forma de su superficie más alejada del suelo —un hombre, por su cabeza; un edificio, por su tejado—. Tal como sucede en la línea del Ecuador, no hay sombras.

En cuanto a las imágenes angulares, captadas desde diferentes puntos y alturas, el conjunto de Los Cierzos, su pista, el hangar y las oficinas se distinguían panorámicamente, así como la valla perimetral de tela asfáltica que cerraba el complejo, entre cuyos barrotes los conejos, muy abundantes por aquellos parajes, habían horadado madrigueras.

Reparé en algunos detalles anómalos: una pequeña ventana rota en el hangar, por la que penetrarían la lluvia y el viento pero difícilmente un ladrón; unas cuantas tejas levantadas en la cubierta de la oficina, orientada al noroeste, prueba de que los vientos procedían del valle del Ebro... Y me llamó la atención una línea más oscura que atravesaba en diagonal la explanada de tierra alrededor de la pista. ¿Qué podría ser? Parecía un surco. Su rectilínea trayectoria, ancha y oscura, continuaba sin desviarse hasta el otro lado de la valla, que salvaba por debajo, no suponiendo esta un obstáculo para su prolongación. Tal surco o franja no parecía tener utilidad alguna y continuaba al otro lado, unas decenas de metros más allá, hasta extinguirse en un bosquecillo.

En aquel momento, oí la puerta de entrada de la agencia y una serie de pasos en el vestíbulo.

—¿Beni? —supuse.

Nadie contestó. Imaginé que sería mi socio, Fermín Fortón, siempre tan reservado. Pero la cara redonda y curtida por el sol que asomó a mi despacho no era la suya.